

# NATURA

REVISTA QUINCENAL  
DE  
CIENCIA, SOCIOLOGÍA  
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

## Nuestros propósitos

Responde, sin duda, á necesidades del tiempo nuestro, el crecimiento extraordinario que el comercio de las ideas, por medio de la imprenta, ha adquirido. Desvinculadas las ciencias y emancipado, por la fuerza de los hechos, el pensamiento, puede la inteligencia llegar hasta la prodigalidad. Hay, por ello, verdadero afán de dar á manos llenas y repartir con la multitud desconocida la fuerza mental que abunda. El egoísmo, es fruto del monopolio que instituye el privilegio. La generosidad, producto inmediato de la universalidad en el goce de los bienes, así materiales como mentales.

No precisamos, pues, justificar la aparición de una revista más. Satisfacemos necesidades de nuestra mente; obedecemos mandatos de nuestra actividad y ponemos al servicio de nuestras aspiraciones, lo poco que tenemos y lo poco que somos.

Sin analizar si los demás hacen bien ó mal la propaganda de las verdades ya adquiridas ó que se va adquiriendo en el curso del tiempo; sin medir la capacidad de comprensión y de difusión de quienes quiera que se hayan consagrado á la misma tarea que desde este instante tiene nuestras preferencias; sin medir asimismo, nuestro poder de realización, ni analizar previamente y previamente

justificar la bondad del propósito que nos anima, decimos sencillamente, que nos proponemos hacer todo lo que podamos y lo mejor que podamos en servicio de la difusión de los conocimientos sociológicos y literarios, científicos y artísticos en general.

Desprovistos de todo prejuicio, como cumple á quien pone por encima de cualquier consideración, la verdad entera, sean las que fueren las consecuencias, haremos de esta revista campo abierto á todas las experiencias. Por muy vehementes que sean nuestros amores á una aspiración definida de transformación social, sabemos bien que la verdad no es patrimonio exclusivo de nadie, que no hay conocimiento capaz de abarcar lo absoluto, sino verdades parciales y series de verdades que van formando lo que se llama ciencia; y porque lo sabemos, no será esta obra nuestra una bandera más de partido, un púlpito del dogma, una iglesia cerrada, fanática é intransigente como todas las iglesias.

Queremos luz, mucha luz; someter al yunque de la experiencia, así las más grandes arrogancias del pensamiento, como las más humildes pretensiones al saber, ya vengan del campo de la ciencia, ya vengan de la multitud de ciencia desheredada.

Educadas las inteligencias en la servi-



dumbre del texto, del autor simpático, de la paradoja brillante, hasta en el momento mismo que se emancipan, son muchas, desgraciadamente, las que continúan obedeciendo á las viejas rutinas y, en lugar de ofrecer ideas bien digeridas, no dan sino empachos de lecciones aprendidas en la sujeción del sistema A, de la doctrina B, ó en el revoltijo nauseabundo de los manjares más indigestos. Es precisamente el más amplio desarrollo de las ideas el que acabará con la funesta tendencia á ergotizar, á poner cátedra. Los predicadores de específicos mentales, cederán ante la difusión creciente de millones de pensamientos diversos y, al fin, todos aprenderemos á buscar y rebuscar, entre el tropel de las solicitudes pseudo-científicas, las pocas verdades que la constancia de los hombres va ganando á su tiempo y al tiempo venidero.

Si no queremos amurallar las ideas, es claro que no habremos de encerrarnos tampoco entre los mojones artificiosos de patrias grandes ni chicas. Aun sabiendo cuán grande es el poder que sobre muchas inteligencias ejerce la simple enunciación de un nombre extranjero—y perdónesenos la palabra en gracia á la claridad de expresión—pondremos empeño en traer á las páginas de NATURA cuantos trabajos juzguemos conducentes á nuestros fines, sobre todo aquellos que, no obstante su importancia, sean aquí desconocidos á causa de la pereza ó de la petulancia intelectual que parece retenernos en inferioridad irremediable.

No habrá para nosotros ni una patria material ni una patria mental. No serviremos ningún género de exclusivismos. Es demasiado grande, demasiado amplio, en realidad, sin limite, el horizonte del querer y del saber humanos para satisfacerlos, pobres mendigos, con las migajas sobrantes del inmenso caudal de los conocimientos y del enorme exce-

dente de las actividades que la voluntad mueve é impulsa.

Vamos tras la generalización de todos los goces, Ciencia y arte están allá; en la cumbre de las más elevadas aspiraciones. Queremos para los hombres, para todos los hombres, la existencia plena en la posesión de los más puros placeres de la afectividad y de la mentalidad. Y porque la queremos y porque concurren á su conquista todas las fuerzas netamente inteligentes y todas las sensaciones netamente bellas, rendimos al materialismo de la vida aquella atención, mejor aquella devoción que muchos rehusan al hombre y conceden, por desviaciones tal vez fatales de su propia naturaleza, al más insignificante de los cuadrúpedos ó al más repulsivo de los reptiles.

Imposible para nosotros, precisamente porque sentimos la belleza y amamos la ciencia, olvidar las tristes condiciones en que se libra la batalla por la vida. El bárbaro egoísmo del *yo* que se encierra en sí mismo sin comprender que la verdadera vida está allí, en la compenetración con los iguales; que el verdadero goce se cifra en la abnegación que prodiga su esfuerzo al desvalido; que el más intenso de los placeres consiste en repartir á manos llenas lo que se posee, aun á trueque de sacrificio y de dolor y que no hay saber ni arte donde el propio *yo* no acierta á salir de las chinescas murallas que le aislan y como que le separan radicalmente del mundo real de la ciencia y de la belleza reales, ese egoísmo bárbaro y más que bárbaro inhumano, contrario á natura, tristemente desheredado del más hermoso, del más grande de los sentimientos, el sentimiento de justicia, ese egoísmo no es sino atávico revivir del animal, de la bestia que ruge en el hombre.

La más profunda de las ciencias, la más bella de las artes, será aquella que acierte á determinar la sencilla y mara-



villosa mecánica de la vida social, igualitaria y libre. Y ¡ay del saber que se olvide de estos nuestros huesos y de esta nuestra carne! ¡ay de la estética que repugne las funciones de nutrición, despreciadora de vísceras y músculos!

No hay aristocracias para la ciencia; no las hay para el arte. Las castas y las clases han muerto precisamente á manos del arte y de la ciencia. Búscase actualmente la ecuación que resuelva el problema de dar á todos pan, á todos saber, á todos belleza. La afirmación del hombre completo, del hombre que se desprende de la animalidad, está en todas partes, libro ó periódico, pintura ó poesía, aspiración científica ó aspiración popular. ¿Qué falta? Una sola cosa; voluntad de realización. Y esta voluntad dormita por los particularismos seculares de doctrina; por los prejuicios de la educación; por la rutina del hábito. Pero si bien se ahonda y con sinceridad se busca, se hallará que sobre estos grandes obstáculos hay uno todopoderoso; el de los intereses. ¡Cuántos hombres de bien para el bien inútiles, por las exigencias de la posesión que aísla y monopoliza el goce! ¡Cuántas hermosas justicias ahogadas en el mar sin orillas del egoísmo, que reduce á la matemática de la ganancia las esplendideces de la vida!

Absurdo soñar en la obra de personal liberación; la imposibilita la posesión de un lado; la desherencia del otro. Salvo el puñado de hombres capaz de reaccionar contra el medio ambiente, verdadera gota de agua en el gran Océano humano, la multitud, la enorme multitud enriquecida ó desposeída, está condenada á servidumbre irremediable fuera de la igualización de los medios de

existencia. La lógica más elemental nos lleva como de la mano á esta afirmación escueta: hay que dar de comer al animal que se dice hombre. Y que los modernos místicos digan lo que quieran; no hay libertad, ni aún para el rico, en medio del terrible cuadro de miserias de la existencia actual; no hay igualdad ni justicia; no hay posibilidad de verdadero goce artístico ni de verdadera ciencia para el inmenso rebaño de hombres que se llama humanidad. Esas grandes revoluciones de que se habla á toda hora, que se presienten en todas partes, no son sino el eco de la lejanía que nos trae la esperanza del hombre libre é igual al hombre, salvado por la desvinculación de todas las propiedades que universalizará los bienes de la tierra y los goces de la vida. Y allá lejos, se alza brillante el porvenir; saciadas todas las hambres, hambre del organismo entero; estómago, corazón, cerebro.

Al servicio de estos tres modos de la emancipación humana, económico-social, moral é intelectual, pondremos las páginas de «NATURA», que en la batalla actual por el *más allá* de igualdad y de justicia, no hay puesto para los muertos que andan: religión, política, mística-teológica ó mística-revolucionaria.

Abrimos nuestro espíritu á todas las influencias generosas del bienestar general; á todas las conquistas de la inteligencia; á todas las bellezas del arte humano. Y con todo nuestro poder y saber y nuestro querer, pequeño ó grande, emprendemos y perseveraremos en la tarea de difundir la verdad, seguros de hallar entre los hombres de corazón y de ciencia eficaces realizadores de lo que nuestra impotencia soñó.

GRUPO EDITOR DE «NATURA»



Ayuntamiento de Madrid





## Fisiología General

Hasta el presente, la fisiología, que es una de las ciencias que más nos interesa conocer, había sido estudiada únicamente desde el particular punto de vista de los mamíferos, del hombre, de los pájaros, etc., y nada venía á reunir estas observaciones en un conjunto de fenómenos aplicables á todos los seres vivientes.

Pero desde que se han hecho profundos estudios sobre la célula, desde que las investigaciones se hacen sobre la materia viviente, considerada como uno de los estados de la materia primordial, la fisiología ha cambiado de rumbo y de particular se ha convertido en general. Los fisiologistas han pensado con razón que la clave de todos los fenómenos vitales se encuentra en el trabajo de la célula, en las energías á que ésta da nacimiento y en sus relaciones de equilibrio con el exterior, ya que todos nuestros órganos no son sino colonias celulares y que el conjunto de sus actividades es la suma de las actividades de cada célula que las componen.

Así, pues, antes de abordar el estudio de la fisiología humana, es de suma importancia conocer bien la materia viviente, ó mejor dicho, estudiar la fisiología general.

Á este estudio me propongo consagrar este artículo.

No recordaré aquí la constitución íntima de los cuerpos, ni los movimientos incesantes de que están dotadas las partículas de que se componen; pero es conveniente tener presente estos hechos para poder comprender mejor lo que voy á decir.

La materia viviente es un compuesto de albúminas, sustancias muy inestables, es decir, cuyas parcelas constitutivas cambian continuamente de moléculas á fin de formar compuestos más estables,

lo cual, para estas moléculas se llama morir, mientras que igualmente sin cesar las moléculas primitivas se reconstituyen con otras parcelas semejantes procedentes del exterior en forma de alimentos.

El conjunto de las albúminas vivientes forma dos sustancias principales, muy complejas, una llamada protoplasma y la otra sustancia nuclear ó núcleo.

Los cambios de parcelas constituyen un trabajo químico que produce energía que se manifiesta en calor, luz, electricidad, trabajo mecánico, según las circunstancias, y determina los diversos actos de la vida.

Estas energías no existen tan sólo en la materia viviente; son propiedad de toda la materia. De ahí resulta que la materia viviente encuentra fuera de sí misma, en el medio exterior, estas mismas energías que produce interiormente y que obran sobre ella á manera de excitantes, de modo que, continuamente, tiene que existir entre estas fuerzas exteriores é interiores un cierto estado de equilibrio que favorezca los cambios moleculares de las albúminas. Este estado de equilibrio se mantiene mientras dura la vida; si se rompe, resulta la muerte.

Examinemos como obra cada una de estas energías.

Para mayor facilidad las dividiremos en dos grupos: las energías químicas ó alimentos, y las energías mecánicas ó de movimiento.

Los principales alimentos son el oxígeno, el agua y las albúminas.

Sabido es que al combinarse el oxígeno con una sustancia como el carbón ú otro combustible produce el fuego, ó dicho de otro modo, la combinación del oxígeno con un combustible es una combustión.



Una semejanza muy exacta existe entre el fuego y la combinación del oxígeno con la materia viviente. La vida es una verdadera combustión. Tan grande es la analogía entre estos dos fenómenos, que Prayer, un fisiologista alemán, creyó que la materia viviente nació del fuego antes del enfriamiento de la superficie de la tierra, lo cual no es exacto.

El oxígeno penetra continuamente en la molécula viviente cuyas partículas baña é impregna determinando su separación y su movimiento, y por consiguiente, es el principal agente de los cambios químicos intermoleculares que, por una parte, destruyen las albúminas vivientes para formar albúminas muertas, y por otra, reconstituye las albúminas vivientes con la adición de nuevos átomos que sustituyen á los primeros. La combustión producida por el oxígeno se llama respiración.

Ninguna sustancia viviente puede pasar sin oxígeno. Este se encuentra en el aire, del que forma parte, en el agua de los mares y de los ríos, y en estado de disolución.

La cantidad de oxígeno necesaria para el mantenimiento de la vida, oscila entre ciertos límites relativamente estrechos. Hay una cantidad minimum que no puede reducirse y una cantidad maximum que no puede traspasarse. Entre estos dos extremos hay una media que es la más favorable á la vida; llamada el optimum de la oxigenación.

El agua es asimismo uno de los alimentos indispensables de la materia viviente la cual la contiene en gran proporción. Es el principal disolvente y el vehiculo de las demás sustancias contenidas en el protoplasma.

Después del oxígeno y del agua las principales materias alimenticias son el ázoe, el carbono, el fósforo, el hierro, el azufre, el calcium, el sodio, etc. Pero estas sustancias no pueden alimentar la materia viviente sin ser previamente di-

sueltas y pueden suministrar á las albúminas vivientes partículas de sustitución.

Las sustancias alimenticias ejercen una atracción sobre la materia viviente, es decir, que provocan movimientos por medio de los cuales esta materia se acerca á ellas hasta envolverlas completamente y las descompone para retener la parte necesaria que se transforma en albúminas vivientes. Llámase á esto la asimilación.

Las energías mecánicas son: el calor, la luz, la electricidad y la densidad.

El calor, resultado del trabajo químico, tiende á separar las moléculas unas de otras, y, por consiguiente, favorece el movimiento de las partículas materiales.

La materia viviente tiene que equilibrar constantemente la acción del calor que produce por su propio trabajo con la acción del calor producido por el medio exterior. Este equilibrio se mantiene por una cierta temperatura que varía entre un minimum y un maximum, pasando por una media que representa el optimum relativo al calor.

La luz y la electricidad obran del mismo modo que el calor, favoreciendo la vida cuando alcanzan el optimum y provocando, al contrario, la destrucción, cuando traspasan los límites de su condición de equilibrio.

La densidad, resultante de todas las excitaciones exteriores é interiores que recibe la materia viviente, marca el grado de condensación de esta materia y le asigna su lugar en el equilibrio general de los cuerpos.

Para que los fenómenos de los cambios químicos puedan efectuarse, es necesario que la materia viviente sea flúida, lo que efectivamente sucede. Las albúminas son sustancias líquidas, pero viscosas, que representan el estado más favorable, ó más bien dicho, el estado indispensable para los fenómenos vitales.

Pflüger ha reconocido que las albúmi-



nas vivientes son muy análogas á las sustancias explosivas como la nitroglicerina; su radical químico es idéntico, del propio modo que su trabajo molecular; únicamente los compuestos estables que forman descomponiéndose, permaneciendo al estado líquido, no tienen el poder de estallar de los mismos compuestos que en los explosivos se produce al estado gaseoso. La principal diferencia consiste por lo tanto en una cuestión de estructura y de condensación más ó menos grande de las moléculas.

Las diversas excitaciones que sufre la materia viviente la hacen efectuar movimientos llamados amiboideo, flagelario y ciliar, á los cuales se añaden los movimientos de crecimiento, mucho menos perceptibles.

Los movimientos amiboideos así llamados porque han sido estudiados sobre el más simple de los seres microscópicos, el amibo—que es una gota de materia viviente—son aquellos movimientos en virtud de los cuales el protoplasma emite, por una serie de extensiones y de contracciones, prolongamientos que pueden nacer de todos los puntos de su masa á fin de dirigirse hacia el excitante que la atrae (oxígeno ú otro alimento) ó huir de una sustancia nociva. Hacia estas prolongaciones, llamadas pseudopodos (falsos pies), se precipita toda la masa y de este modo el ser se dirige en un sentido determinado.

Á menudo el protoplasma está encerrado en una envoltura y entonces el ser es una célula. En este caso no puede emitir pseudopodos y entonces se ve obligado á producir otros órganos de movimiento. Como las células libres viven en un medio líquido (mar, estanque, etc.), se proveen de órganos de natación.

Á veces se mueven por medio de un largo filamento llamado látigo ó flagelo, que obra como una hélice colocada en la proa de un buque: es el movimiento llamado flagelario.

Otras veces se cubren de unos finos y cortos filamentos dispuestos en hiladas como los remos de una barca y coordinan sus movimientos como hacen los remeros; es el movimiento ciliar.

Todos estos movimientos son siempre el resultado de una contracción y de una extensión sucesivas.

Los movimientos de crecimiento son aquellos que ejecuta el protoplasma cuando aumenta de volumen.

Este aumento de volumen no puede pasar de un cierto límite. En efecto, es necesario que toda la masa de materia permanezca igualmente en comunicación (directa ó indirecta) con el medio exterior á fin de poder efectuar sus cambios químicos y realizar sus condiciones de equilibrio. Si el protoplasma aumentase indefinidamente de volumen llegaría un momento en que las moléculas interiores no podrían ya vivir, lo cual acarrearía la muerte de toda la masa á consecuencia de la ruptura del equilibrio general. Ahora bien, como por medio del alimento la materia viviente no cesa de ir aumentando de volumen, se ve obligada á dividirse en pequeñas masas distintas ó individuos. Á esta división se da el nombre de reproducción.

De este modo todos los actos de la vida son la consecuencia de las energías de la materia; ningún fenómeno puede producirse fuera de ella; todos los hechos naturales tienen una explicación racional cuando nos tomamos el trabajo de estudiar todas sus causas.

Estudiemos ahora la materia viviente organizada en individuo.

El individuo ó unidad es la célula, organismo microscópico que se encuentra al estado libre y en aglomeraciones más ó menos considerables llamadas colonias.

Toda célula se compone de una membrana, envoltura que contiene el protoplasma y de la sustancia nuclear organizada en núcleo.

La membrana lleva uno ó varios fla-



gelos (seis como máximo) ó pestañas vibrátiles.

En el interior circula el protoplasma formado de albúminas vivientes, sustancia muy compleja, muy variable de individuo á individuo, y susceptible de realizar las reacciones fundamentales de la vida.

En medio del protoplasma está el núcleo, igualmente compuesto de albúminas vivientes más condensadas que las del protoplasma.

Entre el protoplasma y el núcleo se efectúan los cambios químicos y ninguna célula puede vivir si está privada de una de estas dos sustancias.

Acabamos de ver que, para asegurar la vida, el individuo tiene que realizar un cierto equilibrio móvil entre sus propias energías y las del medio que lo circunda. La ruptura de este equilibrio produce su debilitamiento y lo lleva más ó menos rápidamente á la muerte.

Las causas de la vida residen en un cierto optimum de excitaciones; las causas de la muerte son debidas á una disminución ó á una falta absoluta de estas mismas excitaciones, ó al contrario, á un aumento excesivo.

La falta de excitación es debida al paro del trabajo de la materia viviente. El exceso de excitación puede provocar una producción excesiva de energía ó estados de contracción permanente que según su duración y violencia se designan con los nombres de tétanos ó de parálisis.

En todos los casos, cuando la materia viviente no ejecuta ya sus reacciones indispensables, la vida queda suspendida ó

definitivamente destruída en el individuo.

Otra causa de muerte procede de los cambios que se operan en la naturaleza de los productos de cambios químicos.

Sabemos que las albúminas vivientes, en sus incesantes descomposiciones, forman compuestos estables como el agua y los productos amoniacaes que son albúminas muertas. Este trabajo, que es el contrario de la asimilación ha recibido el nombre de desasimilación. Si á consecuencia de la falta de alimentos la desasimilación es más rápida y más enérgica que la asimilación, resulta la destrucción del protoplasma y la muerte de la célula.

De otra parte, á medida que los compuestos de la desasimilación se forman, tienen que ser expulsados de la célula, y si por una causa cualquiera permanecen mezclados con la materia viviente, estos compuestos obran como verdaderos venenos produciendo la muerte del individuo.

Puede suceder también que una de las sustancias formadas en la célula abunde en demasiada cantidad y tienda á sustituirse á todas las demás invadiendo el entero protoplasma, como sucede en ciertos casos con las materias grasas, las mucosidades ó las sales calizas. Estas sustancias invasoras producen igualmente la muerte de la célula.

En fin, la fatiga resultante del propio trabajo de la materia viviente provoca la muerte por impotencia de las moléculas á prestarse á los cambios de formas y á la división reproductiva. Es la muerte por debilidad senil cuyas causas son aun desconocidas.

(Del libro *Asociación para la vida*, en preparación para la biblioteca GEOPOLITA.)

**Anselmo Lorenzo**

## Esoterismo y Exoterismo

Los antiguos filósofos, con el propósito de rendir tributo á la verdad y evitar las intrusiones de la ignorancia, desconfian-

do de la capacidad intelectual de las masas, idearon dos doctrinas: la de los sabios y la de los ignorantes. Una esoté-



rica (interior), esencialmente verdadera, sabiduría positiva, reservada exclusivamente á los que se juzgaban merecedores, mediante pruebas durísimas y garantías de absoluta prudencia, del privilegio de la iniciación. Otra exotérica (exterior), superficialmente falsa, conteniendo las verdades científicas envueltas en símbolos impenetrables al ignorante, destinada á conservar las verdades adquiridas á la vez que á satisfacer la desequilibrada mentalidad que, por el predominio de la imaginación sobre la razón, domina entre las gentes (esclavos, siervos ó jornaleros), obligados á sostener el peso de todas las cargas sociales.

Era la primera resumen ordenado y metódico de cuanto se sabía; verdadero capital científico donde aflúan todos los conocimientos, formando maravilloso conjunto los estudios, las observaciones, los experimentos, los descubrimientos y toda clase de verdades demostradas y comprobadas que los pensadores, observadores y prácticos de todas las generaciones y de todos los países habían producido.

La segunda era una ficción mítica de la otra, destinada teóricamente á llenar la imaginación, ya que la inteligencia era imposible, con fantasmas y creencias que inclinaran la voluntad á seguir determinada conducta moral y social ó de efectos individuales y colectivos.

La primera formó la ciencia, la segunda la religión.

En la ciencia, los antiguos y modernos privilegiados del colegio de hierofantes, de la academia, del gimnasio, del ateneo, del foro ó de la actual universidad, después del trabajo mental y divergente propio de cada individuo, convergen todos por coincidencia y concomitancia en la afirmación de las verdades demostradas, comprobadas, evidentes, tamizadas por la crítica más exigente y delicada.

En la religión, contrariando el signi-

ficado etimológico de la palabra (*re-ligare*, algo así como atadura), los desheredados se ligan por la fe y por imposición dogmática en un sistema tradicional de mitos que explican legendaria y arbitrariamente la existencia del universo y el fundamento de una moral convencional, dispersándose después en infinitas herejías, producto de la duda originada por la carencia de conocimiento y de criterio.

División tan horriblemente perniciosa, excusable en su origen por la carencia de un medio como la imprenta, conservador del pensamiento y por desconfianza en la tradición, corrompida luego por largos siglos de abuso y de desigualdad social, después de haber contribuido eficazmente á la creación y conservación de las antiguas castas y modernas clases sociales, existe todavía arraigadísima en la legislación, en las instituciones, en las costumbres y en la substancia cerebral de cuantos (privilegiados ó desheredados) viven en esa vida mezquinamente artificial que se ajusta á los moldes de la sociedad presente.

Reivindicar el derecho universalmente humano á la verdad; desvincular el saber monopolizado y legalizado con títulos que son patentes de explotación más que garantías de competencia; despojar el conocimiento de las impurezas del egoísmo esotérico y de la superstición exotérica, y dirigirse, con la abnegación del apóstol y la pasión del revolucionario, á la enseñanza integral que ofrezca á la infantil inteligencia y á la del adulto preocupado ó analfabeto la verdad conocida en toda su espléndida y sencilla majestad, como se presenta la naturaleza de la cual es fidelísima representación, es obra eminentemente salvadora, es esterilizar la raíz y la semilla de la desigualdad y sentar como fundamento incommovible la justicia en las relaciones humanas.

Esa es una laudable intención.



## La hipérbole intelectualista

### Obreros intelectuales y obreros manuales

Es moda lamentable la de distinguir con vocablos fuera de uso y también de todo sentido real, ciertas ocupaciones ó determinadas preferencias personales. Está en boga actualmente la palabra *intelectual* aplicada á literatos, publicistas, hombres de estudio, etc. Tan bien ha sentado á los favorecidos aquel dictado, que hasta periodistas de la más modesta condición, hombres que se precian de demócratas, de socialistas y aún de anarquistas se llaman á sí mismos ó se dejan llamar, con no disimulada complacencia, *intelectuales*. Piénsenlo ó no, establecen de este modo novísima é injustificada diferencia social; crean una nueva casta, modernizando el detestable pasado; propenden á instituir nueva idolatría en estos tiempos de fermento igualitario, de costumbres democráticas, de total derrumbamiento de todos los altares.

Aparte la falta de sentido y hasta la incorrección de la palabreja, ¿á título de qué ha de ser distinguido cualquier hombre por consagrarse á trabajos más ó menos dependientes del ejercicio de las facultades mentales? ¿Existe alguna línea divisoria para las tareas puramente intelectuales y puramente manuales? ¿No es, por el contrario, el trabajo una gradación insensible de lo menos cerebral á lo más cerebral, sin que en ningún caso quede del todo excluida cualquiera de las dos formas de la actividad humana? La aristocracia del talento parece asomar tras ese vocablo altisonante que debieran aborrecer todos los hombres de verdadero mérito.

El individuo que no hiciera más que pensar, sentir, sumirse en la contemplación de la belleza ó en los arcanos de la ciencia, sería poco menos que inútil á la

sociedad en que viviera. Sería un fenómeno, un aborto, y no tendría, en verdad, de qué envanecerse. Inteligencia pura, como si dijéramos, espíritu puro; cerebro sin músculos y órganos que lo sustenten, sin nervios y sin materia que le den plasticidad y vida: he ahí tal vez la soberbia idea que de sí mismos se forjan aquellos á quienes place el dictado de intelectuales. Y, sin embargo, ellos saben bien que un hombre, no en esas condiciones, sino simplemente en las del ejercicio cerebral excesivo, no puede ser más que un desequilibrado, un enfermo y que sólo por raro caso brotan los genios, los sabios, los artistas, los que llegan á las cumbres más elevadas del pensamiento y de la belleza. Saben bien que no hay trabajo exclusivamente intelectual como no lo hay exclusivamente material; que, más ó menos, escritores, artistas y sabios trabajan manualmente con la pluma, con la paleta, con el buril, con el instrumento de investigación, con la herramienta de operaciones.

¿No es en realidad petulancia de mal gusto esta exageración del intelectualismo, y perdóneseme la palabra?

En el fondo de la cuestión alienta profundo desprecio por el trabajo eminentemente útil. No son ciertos pretendidos obreros intelectuales de la madera de aquellos que entonan himnos gloriosísimos á la industria del hombre; no son de la cepa de los que escriben «Germinal» y «Trabajo»; no son de los que desde la altura de un Fourier tienden la mano amiga al desdichado pocero para mostrarlos á la sociedad como uno de sus miembros más útiles.

Quiérese la distinción bien marcada entre la semi-holganza de una parte de



las clases directoras (literatos, artistas, etc.), y la durísima labor diaria de la multitud. Y como si para labrar una piedra, echar unas medias suelas ó forjar una pieza cualquiera de hierro no fuera necesario aguzar el entendimiento, pensar y discurrir y hasta sentir la parte bella de la obra, trázase fuerte divisoria entre los llamados obreros manuales y los pretendidos obreros de la inteligencia. Si se nos observa que el llamado obrero manual apenas perfecciona sus obras y se nos habla del automatismo de sus funciones productoras, recordaremos que es la ley de la concurrencia en que vivimos la que le obliga á producir mecánicamente atendiendo más á la cantidad que á la calidad. Y recordaremos también que en las tareas del escritor y del artista no falta, sino que entra, por mucho, ese mismo automatismo que, á ser sinceros, confesarían los más de los intelectuales.

Asalariados siempre aquéllos, asalariados muchas veces éstos, tienen ambos en realidad comunes intereses; necesidades, sino iguales, análogas. Los sentimientos y las ideas los dividen, que no la naturaleza de sus ocupaciones.

Cierto que el pueblo tiene ojeriza á los *señoritos*, que el obrero del taller y el obrero del campo odian al obrero de mostrador ó de escritorio, odian colectivamente á lo que se llaman clases acomodadas. Mas ¿no desprecian éstos á aquéllos? ¿No hay entre dichas clases acomodadas, sean ó no *intelectuales*, desdén arraigadísimo para la blusa, para el trabajo? Desde el más humilde especiero, desde el más almibarado hortera hasta el más conspicuo burgués, todos sienten menosprecio, no disimulado, por el pobre jornalero. Los mismos que hacen la corte, desde las columnas del periódico ó las páginas del libro, á las clases trabajadoras, ¿no participan en su mayoría de tal desdén? Es menester hablar el lenguaje de la sinceridad. ¡Cuántos no se

sentirían molestos, casi deshonorados, si en la vía pública les detuviera uno de esos desarrapados á quienes dicen defender!

Entre el odio y el desprecio preferimos el odio; lo preferirá toda persona de mediano sentido. El odio es un sentimiento de igual á igual; el desprecio un sentimiento de superior á inferior. El odio enciende el odio, la represalia; el desprecio humilla, confunde, anonada.

Todo ello tiene explicación en el antagonismo de los intereses. No somos solidarios en el convivir; menos lo somos en el trabajo y en los goces de los frutos del trabajo. Por otra parte, la mayoría de las gentes ilustradas sigue considerando el trabajo como una maldición, como una mancha. Y no son los denominados intelectuales los que menos participen de esta detestable opinión, aún cuando no la confiesen.

Mas, á pesar de todo, los sentimientos é ideas populares, no cabe negarlo, van francamente hacia la fusión de las clases. Prescindiendo de la influencia del socialismo y de la de sus propagandistas, el pueblo en general tiende á borrar toda distinción y aspira á la igualdad por la elevación de las condiciones y el desarrollo de la inteligencia. Lo que queda contrario á esta tendencia, ya lo hemos dicho, es fruto de la oposición de los intereses.

¿Puede decirse lo mismo de los sentimientos é ideas de los intelectuales?

Creemos que no. Lo prueba su mismo afán por nuevas distinciones. Cualquiera que sea su profesión de fe, arcaica ó progresiva, no ven en el pueblo sino al inferior á quien tienen el derecho de dirigir. Teóricamente afirmarán los mayores atrevimientos, pero revelarán á seguida que no se sienten ni se piensan iguales ni aún al culto obrero que sabe algo más que el mecanismo de su arte ó industria. Pocos serían capaces de la exclamación de Proudhon cuando su edi-



tor se disculpaba por haberle confundido con el *fumiste*: "¡También yo soy hombre de oficio!"

De estas consideraciones generales no se deduce, por cierto, que no haya hombres de inteligencia, artistas de valía que se sientan iguales á los demás hombres y pongan al servicio del pueblo sus talentos. Pero éstos no se pagan de hiperbólicos dictados ni persiguen el éxito ruidoso ó sienten el aguijón de conquistar renombre y trepar á las más altas posiciones. Son más modestos, precisamente porque valen más.

Si examinamos la actitud de los intelectuales con relación á los obreros militantes del socialismo y del anarquismo, veremos que la divergencia se hace más profunda.

Pretenden aquéllos que los trabajadores que se ocupan de su emancipación se lo deben todo y, no obstante, menosprecian ó rechazan su concurso. Ni es cierto lo uno ni lo es lo otro.

Precisamente son los militantes del socialismo, genéricamente hablando, los que con más ahínco propagan entre el pueblo ideas contrarias á toda diferencia entre obreros intelectuales y obreros manuales. Para los socialistas no hay más que asalariados de un lado, cualquiera que sea su profesión, y explotadores de otro. Son, por tanto, compañeros todos los asalariados, primero por la comunidad de intereses, después por la solidaridad de opiniones. Frente al proletario, los burgueses (capitalistas, gobernantes, legisladores, etc.), son, para el obrero socialista, el enemigo. Y aún si el burgués comparte las opiniones y los sentimientos del obrero, no es la lucha de clases ni la doctrina social obstáculo para que el burgués sea bien acogido. Sobre todo los anarquistas declaran continuamente que la emancipación será obra de los hombres de buena voluntad.

Prueba de que no rechaza el socialismo á los llamados obreros de la inteligencia

es el gran número de literatos, publicistas, artistas y pensadores que militan tanto en el campo del socialismo autoritario como en el del socialismo anarquista. Hombres de posición social figuran así mismo en ambos partidos y gozan unos y otros de la estimación de los trabajadores del taller y del terruño.

No es menester citar nombres. Españoles y extranjeros, son muchos los de escepcionales condiciones conocidos como socialistas y anarquistas. Insistir, pues, en la supuesta prevención hacia los obreros intelectuales nos parece perfectamente inútil.

Es evidente por otra parte, que las clases populares tienen para los hombres de talento que han trabajado ó trabajan por ellas, reconocimiento muy vivo. Tal vez se los reverencia demasiado. Por que en fin de cuentas es indigno que en cuestiones de justicia y de humanidad debidas, se aplique la teneduría de libros y se pretenda cobrar réditos. Cuando decimos que un hombre lucha y se sacrifica por el pueblo, haríamos bien en decir que lucha y se sacrifica por la equidad. Simplemente esto y nada más. Así no habría quien se proclamara acreedor perpétuo del pueblo, olvidando que el pueblo es quien hace los grandes hombres, quien los encumbra, quien los glorifica.

Y aún sin esta consideración pudiera decirse á los intelectuales que tal hablan, que no conocen ni siquiera superficialmente el movimiento obrero moderno. Podrá estar el punto de partida del socialismo en Fourier, Cabet, Proudhon, Marx, Bakounine, etc., pero la inmensa labor socialista que dá ahora tan prodigiosos frutos débese á las masas obreras, ignorantes de filosofías trascendentes y de complicados economismos. Es el resultado de su espíritu práctico unido á sus maravillosas intuiciones de la verdad y del bien. De las obras de aquellos pensadores, uno por mil de los obreros



militantes conocerán algunas, no la totalidad de ellas. Aún los mismos periodistas y oradores del socialismo es seguro que no las conozcan todas. De modo que el trabajo realizado por las innumerables asociaciones políticas y de resistencia en que se agrupan los obreros, débese, no á los intelectuales de nuestros días, no tampoco á aquellos hombres eminentes que grabaron en sus libros inmortales los principios del socialismo, sino, lo repetimos, á los propios obreros que *experimentalmente* han ido dándose una doctrina y una organización. Que el alma de los grandes pensadores del socialismo está en ellos, ¡quién lo duda!

¿Qué deben, pues, los obreros socialistas á los intelectuales, cuando son éstos los que empiezan ahora á ir á remolque de aquéllos? Las mismas *leyes protectoras* que han promulgado algunos Estados, ciertas campañas de la prensa, ¿qué son sino la resultante de la gran presión ejercida sobre todos por las organizaciones obreras? En cambio pudieran decir los obreros que deben á los intelectuales, en Francia, las llamadas *leyes malvadas*; en España y Portugal, las leyes escepcionales contra los anarquistas; en Italia, el *domicilio coatto*. ¿No fueron la resultante de inútiles campañas en que se perdió toda noción de justicia y de humanidad?

Vivieran los intelectuales de nuestros días la vida del socialismo obrero, y no formularían opiniones que revelan á un mismo tiempo sus pretensiones y su ignorancia. Todas sus lecturas de autores antiguos y modernos no pueden darles la aproximación siquiera de la realidad socialista. A lo más tendrán noción de lo

que es el socialismo como la tendría del mar quien lo contemplase en un buen cromo. Pero, es menester embarcarse, asomar cuando menos á la costa para admirar el grandioso espectáculo que ignoran las gentes de tierra adentro.

Acérquense al obrero sin aires de dómine, y el obrero los acogerá con aplauso. Lo que ocurre frecuentemente es que los señores intelectuales no toleran que se les discuta; pretenden que se les escuche y se les siga sin crítica; pero el obrero, que no está para aguantar tan molestas moscas, se las sacude rudamente y prosigue su camino. Sobre las ruinas de todas las aristocracias no consentirá que se alce la aristocracia de la pluma.

Si hay hombres de fe sincera en el porvenir entre los que se llaman intelectuales,—que sí los habrá—que trabajen generosamente por lo que crean justo sin exigir que nadie se les someta, ni tolerar ningún género de sumisión y mucho menos demandar gratitudes, no sólo discutibles, sino también inadmisibles. Esto es lo honrado.

Es absurda la distinción de obreros intelectuales y obreros manuales. Todo hombre tiene necesidad y debe trabajar de una manera útil para sí y para sus semejantes. En la realización del trabajo no hay más que iguales: productores. El que no produce es un zángano. Que saque la consecuencia quien quiera.

La hipérbole intelectualista, á más de ridícula, es indigna de hombres que se estimen. El talento no necesita heraldos ni motes. Una virtud sencilla y modesta vale más que todos los ditirambos de la sabiduría cursi. Seamos sencilla y modestamente virtuosos.

**A. Hamon**

## La Libertad

Si por libertad del sér se entiende su independencia de todo fenómeno que preceda su existencia, y su independencia

de todo el medio en que vive, esta libertad no existe.

No hay efecto sin causa. El sér, sea



cual fuere, es la resultante de los tiempos y de los lugares en que vive. El hombre, para mejor precisar, se halla estrechamente solidario de todo lo que le rodea, le precede y le sigue. Su *yo* está influido, modificado por todos los ambientes en que vive.

«La herencia, hemos escrito en nuestro libro *Déterminisme et Responsabilité*, ó medio interno, ha determinado su carácter y su temperamento; los medios cósmico, individual y social obran sobre el carácter y el temperamento y los modifican. El ser humano, producto de estos medios, no puede ser libre y todos sus actos están determinados.»

El individuo es absolutamente un autómatas que se diferencia de las demás máquinas; un autómatas del que ignoramos buena parte de los resortes que le hacen obrar. Cada ser es un autómatas diferente que reacciona diferentemente ante las influencias todas de estos ambientes. Cuando más complejos se hacen los individuos, gracias á la división del Trabajo y á la especialización de los órganos y de las funciones, tanto más se pronuncian las individualidades. En efecto, las reacciones ante las influencias mesológicas se diferencian cada vez más. Los autómatas se hacen más complejos y parecen cada vez más que son menos autómatas.

La libertad volitiva de los filósofos espiritualistas no existe; la verdad científica es el determinismo general.

La libertad de obrar, es decir, la posibilidad de traducir en un acto una volición cualquiera, es la única libertad que existe. Es un atributo del ser humano, pues no es otra cosa que el funcionamiento de su organismo. Libertad de pensar, libertad de moverse es decir, libertad de obrar psíquicamente, físicamente, son cualidades concernientes al individuo y que no pueden serle arrebatadas sin alterarle su estado físico. El ser humano tiene necesidad de esta libertad; de igual modo que tiene necesidad de

alimentarse y excretar. No puede vivir si no tiene esta libertad de obrar, de igual modo que no puede vivir si no puede alimentarse y excretar.

La libertad de obrar tiende á manifestarse por una acción externa, exteriorizarse; de donde resulta, por ejemplo, la libertad de la expresión del pensamiento. De esta libertad de expresión del pensamiento, necesidad inherente al ser humano, derivan la libertad religiosa, la libertad política, la libertad de la palabra, la libertad de imprenta y la libertad de asociación.

Para que el individuo viva en estado de salud, es necesario que su entero organismo funcione integralmente. Tiene, por lo tanto, necesidad de una libertad completa para obrar física y psíquicamente. Unicamente las condiciones mesológicas pueden limitar esta libertad de acción.

Como que el hombre vive en colectividad, resulta la formación de relaciones entre los hombres y la limitación de esta libertad de acción por los mismos hombres.

Dentro de la humanidad tenemos, pues, dos tendencias generales: la sociabilidad que impulsa al hombre á asociarse; la libertad que impulsa al hombre á individualizarse. Estas dos direcciones: asociación é individualismo luchan sin cesar entre sí y sin cesar se esfuerzan para llegar á un acuerdo perfecto constitutivo de la armonía perfecta, cima que, tal vez, la humanidad no alcance nunca.

De la lucha de estas tendencias resulta un equilibrio cuya ruptura arroja inevitablemente los hombres bajo el despotismo de individuos ó de grupos.

La tendencia libertaria es tan pronunciada y tan general como la tendencia gregaria.

Cada individuo-hombre aspira á ser autónomo y reclama cada vez más libertad. Cada individuo-grupo tiene las mismas aspiraciones. Un simple vistazo



sobre la humanidad demuestra claramente este estado antagónico de la tendencia gregaria y de la tendencia libertaria, al mismo tiempo que su mútuo crecimiento.

Para el buen funcionamiento del organismo individual, es necesario el máximo de libertad. Como la sociedad es una reunión de individuos, no puede funcionar regularmente sino á condición de que cada uno de sus componentes, es decir, cada individuo, funcione bien, y por lo tanto, para el buen funcionamiento de la sociedad, es necesario que el individuo goce del máximo de libertad.

«Basta reflexionar un poco, escribimos no hace mucho en la *Humanité Nouvelle*, para tener conciencia de que nadie tiene la *certeza* de poseer la verdad. Cada uno de nosotros lleva en sí más ó menos la *creencia* que es poseedor de esta verdad, pero ninguno tiene de ello la *certidumbre* matemática ó experimental. Las ciencias, sea del orden que fuere, y por consiguiente las técnicas evolucionan sin cesar. Son un perpétuo llegar á ser.

«Nada es fijo en el universo, nada es inmutable, nada es definitivo. Las ideas más universalmente admitidas, las más *verdaderas* en un momento dado, suelen ser más tarde *erróneas*.

«De esta inexistencia del definitivo resulta que la mayor suma de verdades conocidas no puede adquirirse sin dejar que se expongan las ideas más diversas, más variadas y más contradictorias. De la discusión brota la luz. Si la humanidad estuviera actualmente constituida de modo que un inventor ó un hombre de ciencia tuviesen los medios económicos para poder realizar sus ideas; si el artista, el pensador tuviesen la posibilidad de obrar su obra y su pensamiento, la humanidad acrecentaría rápidamente la suma de sus conocimientos y de sus productos.

»La libertad de cada uno, la independencia de todos, son, por consiguiente, los principios que mejor permiten el desarrollo individual, y, por lo tanto, colectivo de la humanidad. Nada tan eficaz para detener el florecimiento de la ciencia y de la filosofía como la presión autoritaria de cualquier teocracia— así sacerdotes como cuerpo de sabios— autocracia, oligarquía ó plutocracia. Para que el desarrollo de la ciencia y de la filosofía alcance su máximo, es necesario que cada individuo sea libre, absolutamente libre.

»No hay que imponer las ideas, basta llevar el convencimiento de la justicia; de la verdad, momentánea, de las ideas por medio de su simple exposición, de una argumentación cerrada y una irrefutable demostración.»

Todos deberíamos tener conocimiento de las opiniones más diversas y contradictorias á fin de poder juzgar cual es la opinión que más verdadera nos pareciere. Cada individuo debe pensar por sí mismo, y esto no es posible si solamente aceptamos el conocimiento de las ideas y las apreciaciones que más nos cautivan. Este conocimiento de ideas antagónicas, esta tolerancia por las ideas de los demás, desarrollan la individualidad y mejoran el individuo. La libertad de emitir el pensamiento, es una necesidad para el buen funcionamiento de la sociedad. Su supresión conduce inevitablemente á los actos violentos, á las rebeldías individuales y colectivas á mano armada. Cuanto más grandes son la libertad de expresión del pensamiento (libertad religiosa, libertad política, libertad de la palabra, de la prensa, de asociación), más raras son las rebeldías que afectan la forma de asesinatos, incendios, etc. Restringir estas libertades es preparar el camino á los actos violentos y mudar la actividad verbal humana en actividad destructora.

Sabemos muy bien que de esta misma



libertad de expresión del pensamiento nacen inconvenientes. Pero estos inconvenientes son menores que los que resultan de la reglamentación precisa de esta libertad, es decir, de la disminución de esta libertad por una multitud de ataduras diversas. Para probarlo, basta arrojar una mirada sobre la historia política y social del mundo durante dos mil años. Todos los actos de autoridad encaminados á restringir la libertad religiosa no han dado otro resultado que el de matar, herir y castigar hombres y no han impedido que las religiones más diversas nacieran, crecieran, se substituyeran ó desaparecieran. Todos los actos de autoridad encaminados á limitar la libertad política no han hecho más que perjudicar en diferente forma á los individuos, pero no han impedido que esta misma libertad se acrecentara sin cesar y se extendiera sobre un gran número de hombres. El mayor déspota acaso del siglo xix, Napoleón I, fué uno de los agentes más activos del espíritu de libertad, de libertad política sobre todo, que palpitaba en todos los franceses de la Revolución.

Ni las persecuciones violentas, ni las reglamentaciones severas y minuciosas, ni las leyes, han impedido que lo que tenía que ser, fuese. Y lo ineludible, es una marcha creciente, lenta, es verdad, pero ciertamente creciente, de la humanidad, hacia un estado en que la libertad sea cada vez mayor y beneficie en mayor grado á mayor número de hombres.

Subsisten actualmente en Europa dos estados autocráticos: Rusia y Turquía, y á pesar de la Siberia y de la prisión Pedro y Pablo, á pesar del destierro á los desiertos de la Arabia, la voz de la libertad resuena tan fuerte, que, antes de que termine una generación, veremos como estos imperios autocráticos se derrumban sucediéndoles monarquías parlamentarias con sus principios políticos

necesarios: libertad de imprenta, libertad política, etc.

Con pena tendríamos que contemplar los esfuerzos de los hombres que restringen la libertad en nombre de un principio cualquiera. ¡Es tan vana su obra! Termina siempre en fracaso.

Del mismo modo que el niño aprende á andar solo, cayendo y levantándose hasta el día que más fuertes y seguras sus piernas evita por sí mismo las caídas, el hombre tiene que aprender á ser libre por sus solos esfuerzos. Si de esta libertad resultan perjuicios para él, tengamos la seguridad de que serán pasajeros, pero aprenderá á hacer uso de la libertad del propio modo que el niño aprende á hacer uso de sus piernas, de caída en caída.

¿A qué sirve querer impedir, esto, restringir aquello, autorizar lo de más allá y prohibir un acto cualquiera? Por reacción natural el individuo se verá impulsado á hacer aquello mismo de que quieren privarle, y lo ilegal de antaño se va convirtiendo en legalidad presente. El único efecto de estos atentados á la libertad es retardar la marcha progresiva de la humanidad, ocasionar, á veces, un regreso.

Es necesario que el hombre pueda hacer funcionar integralmente su organismo, y, por consiguiente, que pueda ser libre de hablar, de escribir, de imprimir lo que piense, de practicar ó dejar de practicar lo que tenga por conveniente. Es necesario que pueda asociarse con quien quiera y con el objeto que quiera. Si este objeto es perjudicial é ilícito; como por ejemplo, el robo, los individuos caerán bajo el peso de la ley del mismo modo que si no estuviesen asociados. Es necesario que el hombre sea libre hasta para alienarse él mismo. Si la colectividad se lo impide, atenta á la libertad individual, y atentado por atentado vale más el que el individuo ejerza sobre sí mismo. En efecto, y para fin de



análisis, se ve que tan imposible es impedir á un individuo alienarse como matarse.

El gran agente del progreso es la libertad. Es el fermento que hace florecer todos los inventos, todas las bellezas artísticas y literarias, todas las mejoras sociales. La tendencia libertaria forma parte integrante de nuestras fibras más íntimas, es, si así puede decirse, esencial á nuestro organismo y tiende sin

cesar á su realización cada vez mayor. No podrá realizarse plenamente sino en una sociedad de iguales, y una sociedad de iguales no puede existir sin la igualdad económica. Pero esta marcha hacia este ideal, que, estamos de ello convencidos, se realizará algún día, debemos ayudarla todos con todas nuestras fuerzas para que se cumpla rápidamente y con seguridad.

**Palmiro de Lidia**

## Incesto

Al salir el marqués de Albano del Casino, despidió con un gesto á su cochero, levantó el cuello del lujoso gabán de pieles para preservarse del frío airecillo de la madrugada, puso las enguantadas manos en los bolsillos y empezó á andar calle abajo, con rápido paso, preocupado por la idea fija que desde hacía tiempo le dominaba.

Aristócrata de nacimiento, y más aristócrata aún por temperamento y educación, el marqués adoraba en la mujer la distinción y la elegancia tanto como la belleza física. Este sentimiento, le había alejado siempre de los fáciles amoríos á que tan aficionados se mostraban muchos de sus amigos. Cifraba todo su orgullo en merecer el cariño y los favores de las encoquetadas damas de blasonado escudo. Contaba las conquistas por docenas, aunque no todas llenaban por completo su amor propio y algunas bastante caras le habían costado, y más que todas, la de una excéntrica duquesa que después de comerle la mitad de su hacienda, habíalo reemplazado por un famoso acróbata, notable ejemplar de macho humano.

Después de este cruel desengaño, su entusiasmo por la carne noble había

disminuído bastante, y sentía un prurito irritante que le impelía á buscar en las esferas más bajas la satisfacción de sus apetitos carnales. Además, la experiencia habíale enseñado que bajo la seda, rasos y encajes no todo eran formas exuberantes y excitadoras redondeces, y que los afeites del tocador y elaban muchos cutis ajados. Esto sin contar que la elegancia y la distinción, las más de las veces, eran simples formas de convencional sociedad, que se esfumaban al menor contacto carnal, al extremo que, en las intimidades de alcoba, la más encoquetada dama no se distinguía de la descocada horizontal nien formas ni en modales.

Por esto, aquel solterón empedernido, verdadero tipo del aristocrático buscón de hembras que hace del amor clandestino su única ocupación, hastiado ya del amor venal de condesas y duquesas, sintió nacer en su pecho el vago deseo de poseer, siquiera por una noche, una de aquellas miserables criaturas callejeras que si no se ofrecían aristocráticamente por capricho ó á cambio de costosos regalos, se vendían vulgarmente por algunos mezuquinos reales.

(Concluirá.)